

FILOLOGÍA CLÁSICA: TEXTOS, FRAGMENTARIEDAD Y TIEMPO

I

En la actualidad no podría invocarse un concepto o categoría general alguna de la ciencia¹, ni tampoco un método científico universal². Ningún tipo de conocimiento sistemático y organizado podría ser considerado más o menos científico. Un tipo, en cambio, de conocimiento podría ser evaluado por la adecuación, en su intercondicionamiento, de fines, medios y objetos³.

El fin último de toda ciencia es el conocimiento de una *realidad* que se presenta incierta, así una ciencia podría caracterizarse por el tipo de incertidumbre que pretende reducir⁴. Toda ciencia se sirve, en términos generales, de dos medios de adquirir conocimientos sobre la reali-

¹ Cf. A. F. Chalmers, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, trad. de E. Pérez Sedeño y P. López Máñez, Madrid 1984², p. 231: «no hay una categoría general de 'ciencia', ni tampoco un concepto de verdad que esté a la altura del proyecto de describir a la ciencia como una búsqueda de la verdad». Hay acuerdo sobre logros particulares, pero no sobre un criterio universal del carácter científico de las teorías, cf. I. Lakatos, *Historia de la ciencia*, trad. de D. Ribes, Madrid 1982², p. 49: «Mientras que no ha habido un acuerdo *general* sobre una teoría de la racionalidad científica, lo ha habido (...) sobre si una táctica particular fue empleada correctamente o no».

² Cf. E. Nagel, *La estructura de la ciencia*, trad. de N. Míguez, Buenos Aires 1968, p. 25: «Tampoco (...) la práctica del método científico consiste en el uso, en todas las investigaciones, de algún conjunto especial de técnicas (...) independientemente del tema o el problema que se investigan (...) ningún conjunto de reglas establecidas de antemano puede servir como salvaguardia automática contra prejuicios insospechados y otras causas de error (...). La práctica del método científico consiste en la persistente crítica de argumentaciones»; y P. Feyerabend, *Tratado contra el método*, trad. de D. Ribes, Madrid 1981, p. 301: «la ciencia no posee ningún método particular (...) hemos de hacer uso de *todas* las ideas, de *todos* los métodos, y no de una pequeña selección de ellos»; para Feyerabend, además, «toda metodología tiene sus límites y la única 'regla' que sobrevive es el principio 'todo vale'» (*ibid.*, p. 290).

³ Cf. Chalmers, *op. cit.*, p. 230: «Toda área de conocimiento puede ser analizada por lo que es (...) podemos investigar cuáles son sus fines (...) y podemos inves-

tigar los medios (...) para cumplir dichos fines y el éxito logrado».

⁴ Por *realidad* entendemos aquí todo aquello que pueda ser percibido o concebido; en cuanto a la necesidad de su conocimiento, podría alegarse que, si la supervivencia es la necesidad primaria de los seres vivos, entonces la resolución de los problemas que afectan a tal supervivencia es la actividad principal de tales seres. Entre estos problemas, el fundamental es el de la adecuación al medio, pues dicha supervivencia se presenta en un medio potencialmente hostil. En tal caso, podría decirse que el fin último de la ciencia es el dominio del medio, y su actividad esencial, la de resolver los problemas que conciernen a las necesidades del hombre. Podríase, pues, denominar *conocimiento* a la memoria que preserva la experiencia del éxito o el error en la solución de problemas, e *incertidumbre* a su contrario. Así, la reducción del ámbito de incertidumbre humana comporta el mejor dominio del medio, del cual interesa al hombre tanto anular aquello que pueda serle perjudicial, cuanto reproducir lo beneficioso. Obviamente, todo ello implica, a su vez, la mejora y desarrollo de las técnicas intelectuales, esto es, el conocimiento del propio hombre. Con razón, T. S. Kuhn ha visto en la resolución de problemas la actividad central de la ciencia, y en los científicos a «solucionadores de enigmas» (*La estructura de las revoluciones científicas*, trad. de A. Contín, Madrid 1978³, p. 312). Claro que toda incertidumbre implica la previa consciencia de la existencia de una ignorancia. En este sentido, un científico no sólo soluciona problemas, sino que también los «crea», determinándolos e identificándolos. J. C. Maxwell habló de la «ignorancia profundamente consciente que constituye el preludio de todo auténtico avance en el conocimiento» (la cita puede leerse en Chalmers, *op. cit.*, p. 98).

dad: pensar y observar⁵, así una ciencia podría caracterizarse por la medida en la que se sirve de uno y otro proceder y por la medida en la que los desarrolla. Toda ciencia tiene por objeto de su estudio las manifestaciones que dan testimonio de esa realidad que se pretende conocer, y, pudiendo ser diversas esas manifestaciones, una ciencia podría caracterizarse por el tipo de testimonio del que se ocupa.

Una práctica intelectual que no presente medios, fines u objetos determinados es arte, coleccionismo o magia, pero no ciencia. El resto es especialización.

El *fin* específico de la Filología Clásica (FC) es el conocimiento de la civilización clásica, determinando sus logros y aportaciones; esto es, reconstruir, incidiendo en su dimensión cultural, el pasado del hombre en un grupo social y en un margen geográfico-espacial determinado. Al filólogo, pues, le interesa más la obra intelectual que la obra material del hombre antiguo y ésta, preferentemente, como manifestación de aquélla⁶. En cuanto la FC es una ciencia que aspira a ocuparse de la proyección del tiempo sobre grupos sociales, puede ser considerada una disciplina *histórica*.

El *objeto* específico de la FC viene condicionado por el fin que la FC persigue y no debe ser otro que ese tipo de testimonio que para tal fin se presenta más idóneo. Los testimonios que para la FC se presentan son diversos, pero, fundamentalmente, de tipo arqueológico y lingüístico. Un testimonio es tanto más idóneo cuanto mayor es su capacidad informativa. Para el fin que la FC persigue, ningún testimonio es más idóneo que los de tipo lingüístico, y, dentro de éstos, ninguno lo es más que los textos, a los que, en pleno derecho, debe considerarse el objeto central de la FC.

Ahora bien, debe recordarse que los testimonios no son la realidad que interesa a la FC reconstruir, sino sólo manifestaciones discretas de aquélla⁷, y, además, como cualquier otro signo, los testimonios presentan su grado de indeterminación y su grado de redundancia⁸, ello significa que los testimonios —en este caso, los textos— deben ser analizados e interpretados, dado que, por sí mismos, ellos no determinan ni especifican su valor, calidad y ámbito testimonial⁹. Por todo ello, en realidad, el filólogo no opera directamente con los testimonios, sino con los datos y teorías extraídos de ellos¹⁰; por tanto, dado que el objeto de la FC se presenta indisoluble-

⁵ Si bien, ambos se implican. No sólo la reflexión teórica está condicionada por la observación, sino también ésta, a su vez, viene pautada por aquélla, cf. Chalmers, *op. cit.*, pp. 46 ss.

⁶ A la FC le interesa, pues, de la *Antiquitas*, por decirlo con palabras de Cicerón, no las *res actae*, sino las *res inuenta* (v. para esta interpretación de los términos la edición comentada del *Brutus* de Jahn-Kroll-Kytzler, Berlín 1962⁶, p. 143).

⁷ Los testimonios son, pues, muestras finitas de un universo posiblemente ilimitado. Ahora bien, parece «racional» suponer que esas muestras finitas son, al menos, aproximadamente representativas de la población de la que se han extraído, cf. H. Feigl, «Programas de investigación e inducción», pp. 100 s., en Lakatos, *op. cit.*

⁸ Así, a los testimonios, como a cualquier otro tipo de signo, en cuanto unidad de comunicación, podrían serles aplicadas las palabras de F. R. Adrados: «Existen (...) dos características normales en las unidades lingüísticas: redundancia de sus rasgos e indeterminación parcial. Como tales deben ser aceptadas» (*Estudios de Lingüística general*, Barcelona 1969², p. 108). Con todo, nuestra idea de la indeterminación estaría más cerca de lo expuesto por F. H. George (*Introducción a la Semántica*, trad. de R. e I. Álvarez Vara, Madrid 1974, p. 19). Un sistema

de comunicación puede contar necesariamente con unidades imprecisas no tanto porque deliberadamente interese esa imprecisión, por economía o por algún propósito específico, cuanto por la imposibilidad real de constituir un perfecto reflejo referencial, un perfecto *analogon* pictórico de la realidad. A propósito, por otra parte, de la utilización de un término de Física moderna, permítansenos observar la paradoja de, frente a la atomizante tendencia a una cada vez mayor especialización dentro de cada práctica científica, una mayor utilización y aplicación interdisciplinar de principios y términos. «Redundancia», «indeterminación» o «ruido», por ej., son hoy términos y principios aplicados por disciplinas distintas.

⁹ Kuhn (*op. cit.*, p. 66) señala estos tres problemas a los que todo científico debe enfrentarse: «la determinación del hecho significativo, el acoplamiento de los hechos con la teoría y la articulación de la teoría». El análisis y evaluación de los testimonios correspondería, por tanto, al primer cometido señalado por Kuhn.

¹⁰ Aun a riesgo de parecer excesivamente simplistas, podría intentar esquematizarse la actividad del científico como una serie de operaciones sobre el complejo testimonios-datos-teorías, y la actividad científica como el establecimiento de conjuntos o paradigmas de la formulación de nuevas *relaciones*, ya entre datos conocidos, ya

mente unido al modo de considerarlo, también los medios con los que aquél es abordado conforman el *corpus* y contenido de la disciplina. Así, no sólo los testimonios, sino también todos los datos y teorías que sobre ellos se hayan alguna vez formulado constituyen el objeto de estudio de una disciplina¹¹; si bien, en cuanto únicamente los testimonios son manifestaciones directas de la realidad que interesa al filólogo, y, en consecuencia, garantes de su objetividad, son ellos los únicos poseedores de la capacidad de delimitar el criterio que puede demarcar la demostrabilidad o no de una teoría, y son ellos, fundamentalmente, los que en primera instancia pueden aportar o no apoyo empírico a esa teoría¹². Así, una proposición que no cuente con ningún apoyo testimonial, puede tan sólo provisionalmente ser aceptada como hipótesis, pero no como principio o enunciado científico¹³.

Los *medios* de los que la FC se sirve vienen condicionados por el fin y el objeto de la disciplina.

Por el objeto: la FC estudia una realidad observable a través de sus testimonios. Parte, pues, de lo observado a lo no observado; en tal sentido, la FC es una disciplina que cuenta con sólido apoyo empírico y cuya operación fundamental es la inferencia inductiva. Dado, además, que los testimonios que el filólogo posee son finitos, puede decirse que la acumulación o convergencia testimonial es una práctica de verificación de hipótesis lógicamente aceptable; por ello, cuando pueda determinarse que más y más diversos testimonios confluyen en la indicación de un fenómeno, tanto más seguro puede estarse de la probabilidad de la existencia del mismo¹⁴. Dado, igualmente, que ningún testimonio determina por sí mismo el alcance, valor y ámbito informativo que presenta, toda práctica científica aspira no sólo a procurarse el objeto más idóneo para su

con el concurso de nuevos datos, procedentes, a su vez, bien de testimonios nuevos, bien de testimonios ya conocidos; esto es, la ciencia procedería, fundamentalmente, por aplicación/reducción teórica o testimonial; cf. K. R. Popper, *La lógica de la investigación científica*, trad. de M. Sánchez de Zabala, Madrid 1982⁶, p. 260, quien cita a P. Krank (*Das Kausalgesetz und seine Grenzen*, 1932): «Cabría decir que el progreso puede (...) 'originarse de dos maneras solamente: acumulando nuevas experiencias perceptivas y organizando mejor las que ya tenemos a nuestra disposición'; y Kuhn, *op. cit.*, p. 306: «Un aspecto central de cualquier revolución (*scil.* «científica») es (...) aquello que cambia la similitud de las relaciones. Objetos que anteriormente estuvieron agrupados en el mismo conjunto son después agrupados en otros diferentes y viceversa».

¹¹ La aplicación de ello comporta, pues, que cualquier disciplina científica está constituida tanto por su objeto como por todos los medios que hayan podido utilizarse para su estudio; esto es, comprendería el estudio del objeto, de la(s) metodología(s) y la historia de la propia disciplina. Para la lingüística latina un ej. de ello sería la propuesta de J. Siles; aquélla es, para el autor, «tanto el objeto estudiado como las teorías e interpretaciones, que los tiempos y los hombres han ido aportando para su conocimiento e investigación» (*Introducción a la Lengua y Literatura latinas*, Madrid 1983, p. 41).

¹² Cf. E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de M. Frenk Alatorre y Á. Alatorre, México 1976², pp. 12 s.: «La geometría basa sus demostraciones en las figuras, la filología en los textos (...) también la filología es capaz de rigor, sus resultados tienen que ser susceptibles de comprobación». Ello significa la

invalidez, para fines de demostración, de la aducción de las opiniones de las llamadas «autoridades» de una ciencia dada, aunque no implica necesariamente la autoridad substitutiva y absoluta de los testimonios, dado que éstos deben ser también sometidos a crítica y examen. Sobre la cuestión de las «autoridades» sensatamente se pronunció ya Lorenzo Valla: «An melior ullus auctor est quam ratio?» (la cita puede leerse en R. Pfeiffer, *Historia de la Filología Clásica*, trad. de J. Vicuña y M. R. Lafuente, Madrid 1981, II, p. 78).

¹³ Con una rigurosa provisionalidad temporal, se entiende. En verdad, «la petición de objetividad científica hace inevitable que todo enunciado científico sea 'provisional para siempre'» (Popper, *op. cit.*, p. 261).

¹⁴ Así, por ej., para la Crítica textual una enmienda es tanto más aceptable cuanto mayor convergencia de argumentos paleográficos, literarios, lingüísticos, estilísticos, históricos, psicológicos puede en su defensa aportar. Y viceversa; L. Rubio rechaza sensatamente la existencia en latín de un genitivo adverbial de finalidad al constatar que únicamente puede encontrarse un testimonio en toda la literatura latina clásica (Tac., *Ann.*, II 59, 1) que lo presenta (*Introducción a la Sintaxis estructural del latín*, Barcelona 1966, I, p. 141). Evidentemente, esto en modo alguno implica que testimonios aislados carezcan en absoluto de valor significativo. Bien al contrario, del mismo modo que, por ej., en una lengua dada la aparición de un fonema infrecuente posee mayor valor informativo que uno frecuente (por ej., X y S respectivamente en castellano), así los testimonios tanto más dicen cuanto menor es su grado de frecuencia; pero todo ello concierne a la significación de los testimonios, no a su capacidad demostrativa, lo cual es bien distinto.

cometido, sino también el medio más idóneo para considerar a ese objeto, lo que comporta el desarrollo y mejora de técnicas observacionales, metodológicas y experimentales.

Por el fin: la FC se propone la reconstrucción de una realidad pretérita, es decir, no lo que es, sino lo que *fue*. Ello comporta, por ejemplo, la inviabilidad, a diferencia de otras prácticas científicas, de la experimentación, y ello no tanto como técnica de provocación o creación artificial de testimonios¹⁵. Igualmente, a diferencia de otras prácticas para las que constituye una actividad fundamental, a la FC ni le incumbe, ni le es posible la predicción, aunque sí la *retrodicción*¹⁶. Por lo demás, la resolución de problemas específicos puede exigir la aplicación de medios específicos, a los que, cuando se presenten en forma sistemática, podemos llamar *métodos*.

II

Presumiblemente, lo que llamamos *realidad* es un *continuum*, los testimonios, en cambio, son muestras finitas y discretas de ese *continuum*¹⁷, son, por lo tanto, *parte* de esa realidad. Los testimonios, en cuanto existen o no, se presentan como un fenómeno objetivo para el hombre, y, en cuanto son o no por éste identificados¹⁸, como un fenómeno subjetivo. Así, el cometido del filólogo comienza por la identificación de los testimonios y prosigue con la determinación de su significación¹⁹. El filólogo posee, pues, con seguridad sólo una parte de los testimonios posibles, bien porque no hayan sido identificados, bien porque su existencia fue efímera²⁰. Por ello —puede decirse— el filólogo posee parte de esa parte de la realidad que son los testimonios, y aun más, dado que esos testimonios son, en muchos casos, parte de sí mismos²¹, podría decirse que el filólogo posee, pues, sólo una parte fragmentaria de la parte de esa realidad absoluta que pretende reconstruir.

Por todo ello, el material testimonial del que dispone la FC es cualitativamente *arbitrario*, pues está condicionado por el hecho de que todos los fenómenos hayan sido o no testimonios²², y por la identificación o no de ese material por parte del filólogo. Pero, además, ese mate-

¹⁵ Función heurística y de contrastación son, de hecho, las dos funciones principales que se asignan a la experimentación, así, por ej., C. G. Hempel (*Filosofía de la ciencia natural*, trad. de A. Deaño, Madrid 1980^o, p. 41).

¹⁶ Así, por ej., P. Monteil (*Éléments de phonétique et de morphologie du latin*, París 1970, p. 62) ha comparado la confirmación, mediante el desciframiento del hetita, de la teoría saussureana de los «coeficientes sonánticos» con la de la existencia de Neptuno predicha genialmente por Le Verrier. Otro ej. de retrodicción podría ser la práctica de la *diuinitio* en la Crítica textual.

¹⁷ Ver nota 7.

¹⁸ Identificados, descubiertos o descifrados. Un ej. podrían ser los palimpsestos; su multivalencia testimonial no fue siempre conocida, y, cuando se conoció, no siempre, a menudo por razones técnicas, utilizada.

¹⁹ Ver nota 9.

²⁰ Algunos testimonios eran por su naturaleza perecederos; otros se perdieron por descuido o accidentes diversos (desaparición de *mss.*, destrucción de yacimientos arqueológicos...). Por ello y por la sencilla razón de que nunca podemos estar seguros de haber extraído correctamente todo el valor informativo de un testimonio, uno

de los deberes éticos fundamentales del filólogo consiste en preservar para las generaciones futuras todo el material testimonial y en el mejor estado posible; pues, tal vez, hechos que hoy nos parecen carentes de testimonialidad puedan, en un porvenir, revelarse como importantes fuentes de información. Recuérdese, a este respecto, la desafortunada destrucción de *mss.* que trajo consigo la imprenta, al considerarse que, una vez editados, los *cdd.* carecían de todo valor.

²¹ Testimonios íntegros y testimonios incompletos conforman dos categorías objetivas bien distintas. Para el estudioso de la Antigüedad no es lo mismo enfrentarse al Laocoonte o al Edipo rey que a la Victoria de Samotracia o a los Ἰχνηῦται.

²² Contra esa arbitrariedad podría, en cambio, argumentarse que, si ningún testimonio nos da cuenta de un fenómeno (por ej., Virgilio habría escrito una tragedia en su época juvenil), es, sin duda, porque tal fenómeno no fue relevante. Con todo, al menos en el momento actual, se nos hace difícil comprender la relevancia del conocimiento de las características de la dentadura de Augusto (Suet. *Aug.* 79) y saber, en cambio, poco o nada seguro sobre el autor del Περὶ ὕψους.

rial testimonial es *impreciso*, pues está condicionado por la acción del tiempo que, cuando no ha hecho desaparecer parte de ese material, ha podido producir en él un inexorable deterioro. Igualmente, los testimonios de la FC presentan también restricciones cuantitativas. Son, pues, esos testimonios *finitos*. La labor filológica está condicionada por el número real de los testimonios de los que se dispone, el filólogo no puede crear o producir artificialmente otros nuevos. Y son, asimismo, *fragmentarios*, dado que muchos de ellos no se presentan —y ello es evidente— completos.

En consecuencia, la autoridad de los testimonios, aun siendo la única posible, no es absoluta o despótica. Su arbitrariedad admite una poca objetiva valoración de los fenómenos testimoniados; su parcialidad admite lagunas; su fragmentariedad, contradicciones; su imprecisión, inexactitud²³. Por ello, también los testimonios deben ser sometidos a examen crítico y debate, y es éste precisamente uno de los cometidos más importantes que para el filólogo se presentan: determinar, antes de considerar su capacidad informativa, dónde un testimonio será más o menos criticable, más o menos fiable, y cómo podría serle restituído el máximo de su valor testimonial.

III

Que el texto es el testimonio más adecuado para los fines que la FC se propone es una afirmación generalmente aceptada. Si algún día esa opinión general cambiara o se encontrara un tipo de testimonio más idóneo, entonces toda la disciplina, comenzando quizá por su propia denominación, cambiaría, y esos mismos fines, aun manteniéndose, presentarían otras limitaciones. Tal es la profunda relación que una disciplina guarda con el objeto de su estudio y, en tal sentido, el fin aparece condicionado por el objeto. Ahora bien, ¿por qué los textos? He aquí algunas razones.

En primer lugar, en una civilización ningún otro tipo de sus atributos da una idea más clara y completa de la cultura que el testimonio de tipo lingüístico²⁴. Y ello por varias razones: para el espacio-tiempo que la FC estudia, no existió otro sistema de comunicación que pudiera ofrecer más y más clara información con menos elementos. Por ello, la lengua, como vehículo de comu-

²³ De hecho, uno de los típicos vicios filológicos es la sobrevaloración de los testimonios. ¿Qué sucede, por ej., cuando se trata de conocer un autor del que tenemos, prioritariamente, testimonios fragmentarios, cuando no contradictorios, como Calímaco? ¿Escribió no no tragedias como afirma la *Suda*?, ¿se tratará de uno de tantos errores que se dan en la misma *Suda* o, simplemente, nos es difícil ver en el Calímaco de los epigramas eróticos a un autor teatral?; ¿qué «programa» estético coherente puede a partir de sus textos establecerse? Dicen Körte y Händel: «Los epigramas de Calímaco que tienen algo que ver con la composición poética son (...) no todos igualmente fundamentales. El crítico moderno, en substitución de declaraciones básicas inexistentes, corre fácilmente el peligro de entenderlos todos ellos como demasiado fundamentales (...). En una vida hay demasiado espacio, el instante desempeña un papel demasiado grande, para que todos los testimonios existentes hayan de tener la misma significación y deban ser reducidos a un solo sistema» (*La poesía helénica*, trad. de J. Godo, Barcelona 1973, p. 261). La contradicción de los testimonios es, desde luego, el primer argumento para la necesidad de

su examen crítico. Cuando Dionisio de Halicarnaso habla del origen autóctono de los etruscos y Heródoto, en cambio, parece relacionarlos con pueblos de Asia Menor, es evidente que al menos uno de los dos está equivocado.

²⁴ Cf. G. Clark, *Arqueología y sociedad*, trad. de P. Gasull, Madrid 1980, p. 204: «un conocimiento del lenguaje permite hacerse una idea más completa de la cultura que cualquier otro de sus atributos, ya que revela no solamente su conocimiento del mundo exterior, sino también su organización social y los conceptos y creencias subyacentes». Respecto a la utilización del material arqueológico para el estudio de civilizaciones con escritura, Clark reconoce: «la arqueología está destinada a desempeñar un papel secundario (...) las inscripciones dan una idea más directa de la mentalidad y valores de las sociedades antiguas de la que puedan dar los objetos materiales» (*ibid.*, p. 17). Imagínese, por ej., qué podría reconstruirse de la Guerra del Peloponeso con la utilización exclusiva de fuentes no lingüísticas. Evidentemente, una página de Tucídides podría, verosímilmente, suministrar mayor información que cualquier objeto arqueológico.

nicación y transmisora de todo tipo de mensajes, es una valiosa fuente de información. Pero, además, la lengua en sí misma, informa:

- como estructura puramente formal, dándonos cuenta de la psicología, instituciones, ideología y cosmovisión de una comunidad²⁵,
- como medio de expresión artístico, dándonos cuenta de los ideales estéticos de una cultura.

La lengua, pues, es un testimonio de primer orden, aunque sólo *uno*, entre otros, de los testimonios posibles de una civilización.

Ahora bien, dado que, en virtud de específicas circunstancias, no poseemos aquellas lenguas que podrían ser objeto de la FC²⁶, tal objeto no será otro que el de los testimonios de esas lenguas. Éstos podrían ser organizados desde un doble eje:

- Los testimonios de esas lenguas en esas *propias* lenguas, frente a los testimonios de esas lenguas en *otras* lenguas ajenas²⁷.
- Los testimonios de esas lenguas de ese *propio* tiempo, frente a los testimonios de esas lenguas procedentes de *otros* tiempos ajenos, ya posteriores o anteriores²⁸.

El tipo de testimonio que, sobre todo, interesa al filólogo es el más directo; esto es, aquel que es manifestación de esas propias lenguas y pertenece a esa demarcación temporal que a la FC compete. Afortunadamente, la FC dispone de ese tipo de testimonios lingüísticos directos, testimonio escrito que llamamos *texto*. Así, estipulativamente, podríamos definir al texto-objeto de la FC como todo aquel testimonio lingüístico gráfico de *esas* lenguas y de *ese* período que a la FC interesan.

El texto, pues, es sólo *uno*, entre otros, de los testimonios posibles de una lengua.

Dentro del texto, dada la gran variedad de formas con la que éste puede presentarse, podríamos a su vez, con criterios puramente operativos, establecer una serie de distinciones. Así, al filólogo puede interesarle determinar la naturaleza del contenido del texto, en tal caso, las clasificaciones podrían ser numerosas, pero, fundamentalmente, podrían distinguirse entre aquellos casos en los que la lengua en sí es el centro del mensaje, de aquellos otros en donde no lo es. Así, distinguiríamos, por ejemplo, entre:

²⁵ Porque, al margen de controversias antropológicas acerca de la primacía de un factor sobre otro, es evidente que, como señala A. Schaff, «la realidad moldea el lenguaje, que a su vez moldea nuestra imagen de la realidad» (*Introducción a la Semántica*, trad. de P. M. Torner, México 1969, p. 351), y, además, si la filología aspira a estudiar los hechos importantes, los valores perennes y no lo coyuntural y aleatorio, debe señalarse que «el lenguaje es uno de los elementos de la cultura más resistentes a toda arbitrariedad y novedad» (*ibid.*, p. 325).

²⁶ Por una sencilla razón cronológica: ninguna lengua «viva» puede, durante un período extenso de tiempo, subsistir sin experimentar una evolución que la afecte lo suficientemente como para que, aun sin que pueda establecerse un momento concreto de ruptura, pueda constatararse en determinado punto que se trata de una lengua «distinta». En tal sentido, el latín o el griego no son lenguas «muertas» como puedan serlo el véneto o el ligur; a propósito de la desaparición de algunas lenguas que se hablaron casi hasta nuestros días, comenta B. Malmberg: «las lenguas que corrientemente solemos llamar 'muertas' (...) no cabe decir que murieran en el mismo sentido que el córnico o el

dálmata. Es imposible saber el nombre de la última persona que se expresó en latín: nunca ha existido tal persona. Todavía un par de cientos de millones de personas (...) hablan lenguas que orgánicamente crecieron desde el latín vulgar» (*La lengua y el hombre*, trad. de J. López Facal y K. Lindström, Madrid 1984⁹, p. 233).

²⁷ Así, por ej., el estudio de préstamos, latinos o griegos, a las más diversas lenguas se ha utilizado, con éxito y con frecuencia, para determinar aspectos de la cronología de los cambios fonológicos y fonéticos en las lenguas clásicas. Los testimonios, pues, de la civilización que nos interesa pueden encontrarse en la lengua de otra civilización culturalmente poco afín. Es sabido que algunas obras de Filón se han conservado sólo en su traducción armenia (!).

²⁸ Así, por ej., el estudio del indoeuropeo, micénico, griego bizantino o lenguas neolatinas, se ha revelado como una fuente de gran interés para el conocimiento de determinados fenómenos lingüísticos (vulgarismos y dialectalismos, por ej.) que suelen ser mal reconocidos por un medio como la escritura, normalizador, conservador y unificador.

- textos *literarios* frente a no literarios²⁹,
- textos *metalingüísticos* frente a no metalingüísticos³⁰.

Otra clasificación posible atendería a la naturaleza de la forma material con la que los textos se presentan; aquí convendría, sobre todo, distinguir entre aquellos textos cuyo soporte material es el original y que, en consecuencia, son necesariamente contemporáneos a su primera textualización, frente a aquellos otros que, una o más veces, cambiaron de soporte y, por tanto, no son necesariamente contemporáneos a su primera textualización³¹.

En cuanto la FC tiene a la lengua por objeto de su examen, la FC es una disciplina *lingüística*.

IV

Una vez indicada la idoneidad testimonial del texto para el fin que la FC se propone, cabe preguntarse cómo informa un texto y de dónde puede extraerse todo su potencial informativo.

Imaginemos a un filólogo frente al objeto de su disciplina, frente a un documento escrito que llamamos *texto*. Antes que nada, al filólogo le interesará la intelección del contenido del texto, del mensaje del que es portador, de su *signatum*. Sin embargo, simultáneamente, el filólogo deberá también atender a cómo se presenta ese mensaje, a la forma de expresión o *signans*, en este caso gráfico, con el que se manifiesta como vehículo material del contenido. Así, dentro del texto propiamente dicho, podría distinguirse entre un ámbito estrictamente formal y material, y otro ámbito que haría estricta referencia al contenido en sí. Podríamos estipulativamente denominar *intexto* a este último ámbito, y *transtexto* a aquel otro estrictamente formal. Supongamos ahora que, por algún azar, el *intexto* presente graves dificultades para su comprensión, en todo caso, siempre es posible extraer alguna información del *transtexto*. El tipo de escritura, el alfabeto utilizado, la disposición gráfica pueden suministrar, con frecuencia, preciosas y precisas noticias que puedan paliar la no intelección del texto³². Pero supongamos ahora que aquello que delimitábamos como texto propiamente dicho, en sus dos aspectos, fuera de escaso valor testimonial, ya porque su información fuera poco interesante o defectuosa, ya porque sim-

²⁹ Evidentemente, el concepto de «literario» debe previamente ser especificado por algún criterio. Permítanos, de cualquier modo, recordar aquí que, al menos, en la Antigüedad este concepto era más amplio que hoy en día, incluyendo, junto a lo que nosotros hoy llamamos «literatura», a obras de tema científico.

³⁰ Por «metalingüísticos» entendemos aquellos textos en los que la lengua en sí, en cualquiera de sus aspectos, constituye la parte central del mensaje; nos referimos, pues, a gramáticas, glosarios y todos aquellos textos de cualquier obra que hagan referencia a prosodia, fonética, etimología o cualquier otro aspecto de una lengua que a la FC interese, ya estén escritos en la misma lengua-objeto de la que traten o no.

³¹ Esta distinción clasificaría los diversos documentos epigráficos (inscripciones funerarias, *graffiti*, *tabellae defixionis*, *tesserae*...) en un grupo, frente a otro constituido por aquellos documentos que poseen lo que llamamos «tradición textual» (la mayoría de papiros, pergaminos, códices, *editiones principes*...). La necesidad de tal distin-

ción reside en el hecho de que la crítica de su precisión testimonial es más urgente y más compleja en el segundo de estos grupos. *Sensu stricto*, en efecto, únicamente los autógrafos o aquellos textos que pudieron ser revisados por el autor, podrían, en principio, no suscitar desmedidas sospechas de inexactitud. En el hecho de que no poseemos «autógrafos» de escritores clásicos latinos o griegos ve precisamente P. Maas la necesidad de cuestionar la autenticidad de tales documentos (*Textkritik*, Leipzig 1957³, p. 5).

³² Imaginemos, por ej., que nos encontramos ante una inscripción o un papiro que presentan un alfabeto que conocemos, pero cuya lengua, en parte o en su totalidad, no podemos entender. El *transtexto* (disposición, forma, dimensión, color, confección, valor fónico de los signos gráficos) puede, en muchos casos, ayudarnos a determinar, por ej., si el texto es verso o prosa, la lengua, cultura, el tiempo y la región geográfica a la que pertenece, la clase social e incluso, alguna vez, la psicología del autor del *transtexto*.

plemente no dispusiéramos de él³³. En ese caso, también nuestro filólogo podría extraer alguna información ulterior examinando, en primera instancia, aquellos elementos testimoniales que, sin formar parte del texto propiamente dicho, son, de un modo u otro, contingentes directamente a éste, sean esos elementos textuales o no³⁴. Así, en primer lugar, nuestro filólogo podría examinar todos aquellos elementos testimoniales contingentes que son, además, contiguos o simultáneos al texto y pertenecen, pues, a lo que podríamos llamar la *contestimonialidad* del texto. A este nuevo ámbito de significación testimonial podríamos denominarlo *contexto*, y es, en sus múltiples variantes, bien conocida su capacidad informativa para el filólogo³⁵. No obstante, nuestro filólogo podría aún indagar el potencial informativo de todos aquellos elementos testimoniales contingentes que no son ni simultáneos ni contiguos; elementos, pues, que pertenecen, sean o no textuales a su vez, a la diacronía y diatopía del texto, a lo que podríamos denominar la *detestimonialidad* del texto, y, por tanto, a un nuevo ámbito testimonial del texto que podríamos llamar *detexto*. Dentro de éste, sería conveniente distinguir, siempre que ello pueda determinarse, entre aquellos elementos testimoniales que son previos al texto propiamente dicho, a los que podríamos llamar *pretextos*, y aquellos otros que se presentan sucesivos a él, a los que denominaríamos *postextos*. Así pues, aun cuando se dispongan de elementos testimoniales sincrónicos y sintópicos, el detexto puede ser una excelente fuente informativa³⁶. Debe, además, indicarse que *sensu stricto*, desde un punto de vista material —transtextual, si se quiere—, el filólogo dispone, en muchos casos, únicamente de postextos³⁷. Por último, es conveniente subrayar la relación de solidaridad entre pretexto y posttexto: en la misma medida en la que un elemento testimonial es posttexto de otro, éste es pretexto de aquél.

³³ Nos referimos a casos, por ej., como el *Thyestes* de Vario, obra de la que, a pesar de las muchas referencias con las que contamos, prácticamente nada hemos conservado. Aún más; tenemos incluso certificada su no existencia; la página 28 del *Parisinus* 7530 presenta en grandes unciales: *Incipit Thyestes Varii*; después viene la didascalia y, a continuación, ... los *Origines* de S. Isidoro (!).

³⁴ Por ej., para el caso del *Thyestes*, ¿qué información podemos obtener del contexto, de todo ese material contingente, texto o no, que no puede adscribirse al propio Vario? Evidentemente, no podemos recuperar la obra, pero la titulación y la didascalia nos informan de su título y autor y nos dan muchas noticias sobre la fecha y circunstancias de su confección y representación (el 29 a.C. para las fiestas celebrativas de la batalla de Accio), el tema tratado (el mito de Atreo)... (cf. A. Rostagni, *Storia della Letteratura Latina*, Torino 1964³, II, p. 160). Su contexto material, el manuscrito 7530 de la Biblioteca Nacional de París, nos informa, al menos, de su difusión geográfica y temporal: en el s. VIII, cuando el manuscrito se escribió, se poseía todavía el *Thyestes* (cf. H. Bardon, *La littérature latine inconnue*, París 1956, II, p. 31).

³⁵ Así, por ej., para lenguas en fase de desciframiento, como el etrusco o el ibérico, el lugar del hallazgo de un texto epigráfico o el tipo de soporte material utilizado son argumentos invariablemente útiles a la hora de intentar determinar el contenido de tales inscripciones. A veces, en cambio, conocemos perfectamente la lengua, pero, al ignorar ciertos detalles contextuales, el significado y la intención del texto se nos escapa. Ello sucede con frecuencia, por ej., en la poesía epigramática, donde —es sabido— el momen-

to y el lugar en el cual o para el cual se está componiendo el poema es más importante que en ningún otro género. Respecto al contexto textual, ¿es necesario recordar la importancia de glosas, comentarios, anotaciones marginales? Si un filólogo se propone la «Eneida» como texto-objeto, ¿qué no excelentes testimonios obtendrá del examen paralelo de todos los comentarios virgilianos antiguos?

³⁶ No poseemos, por ej., más que fragmentos de los *Argonautae* de Varrón de Atax, pero su argumento, el mismo que el de la obra de Apolonio, de la que es formalmente una traducción, nos es bien conocido. Y viceversa, algunos textos que o no conocemos o conocemos mal, pueden ser reconstruidos o ver mejorada su autenticidad, si, habiendo determinado que constituyeron modelos o fuentes de otros textos, examinamos la forma en la que por éstos fueron recogidos (ecos, imitaciones, traducciones, centones, citas...). Así, por ej., algo del léxico épico enniano, parcialmente testimoniado por los fragmentos de los *Annales*, ha podido ser recuperado estudiando la convergencia, en los escritores épicos posteriores, de determinadas formas y evidenciando lo que ha sido denominado el «patrimonio enniano latentes». La latencia detextual, por cierto, puede alcanzar a nuestros días; así, para la Crítica textual se ha postulado la conveniencia de traducir a la propia lengua el texto que se desea editar, pues en las buenas traducciones puede, a veces, aflorar eso que se ha llamado «conjeturas latentes».

³⁷ En el sentido de que, dejando al margen los textos epigráficos, la mayor parte del material textual de que dispone el filólogo no es original o autógrafo, sino sólo copias; ver nota 31.

No obstante, ningún filólogo operaría probablemente tal y como hemos descrito, por la sencilla razón de que el texto es, pese a todo, una unidad, un complejo testimonial unitario susceptible, en aquellos casos donde su análisis global presente dificultades, de ver examinada su significación desde perspectivas diversas. A un filólogo, según su interés particular o voluntad de especialización, puede interesarle la dedicación exclusiva a una espacialización testimonial determinada³⁸. Por ello, una división del texto en áreas testimoniales debe entenderse sólo como una propuesta orientativa de trabajo, dado que, aunque esas áreas puedan alguna vez presentarse asépticamente aislables, en realidad responderán éstas siempre a un complejo testimonial de significación global y unitaria. En cualquier caso, y aun cuando probablemente el devenir de la disciplina y su progresiva especialización podrán hacer surgir la distinción de nuevos y más específicos criterios de demarcación, en la actualidad —podría decirse— a la FC le interesa, en el momento de examinar el valor de un texto, distinguir sobre todo:

- Aquello que es propiamente texto de lo que es contingencia de él.
- Dentro del texto, aquello que es material de lo que no lo es.
- Dentro de la contingencia del texto, aquello que es no simultáneo y no contiguo de lo que lo es, y
- Dentro de lo no simultáneo-contiguo, aquello que es anterior al texto de aquello que no lo es.

Cualquier interpretación, cualquier *lectura* de un texto es, en primer lugar, un análisis de la interacción de estos elementos testimoniales, y de cómo se formalizan en haces sus relaciones³⁹.

³⁸ Esto es especialmente cierto en aquellos ámbitos de extraordinaria testimonialidad y es allí donde puede precisamente demostrarse. Así, por ej., lo que con razón, dada su extensión, complejidad e interés, ha sido llamado «Homerología», puede convocar la atención de un filólogo para los problemas relativos a la autoría de los poemas, a su confección, a la transmisión del texto, a la influencia en la posteridad, a la lengua, al verso, al marco histórico, a la psicología, a la religión, a la ética, a las instituciones, al Estado, al individuo, a la sociedad, a la vida cotidiana o a cualquier otro aspecto de la obra homérica (v., por ej., a título ilustrativo, el Índice temático general de la *Introducción a Homero* de Adrados, Fernández-Galiano, Gil y Lasso de la Vega, Barcelona 1984, pp. 553 ss.). Otros textos, por el contrario, presentan grandes limitaciones de ámbito testimonial. Substancialmente, la inscripción de la fíbula de Preneste, si es auténtica, nos interesa casi únicamente por su lengua y, por lo restante, poco más puede decirnos. Éste, pues, es mensurable tanto por su extensión cuanto por su profundidad. Existen textos de testimonialidad multidimensional y unidimensional, y textos de testimonialidad profunda y superficial, sin que, necesariamente, un tipo deba corresponder con otro.

³⁹ Querríamos ejemplificar esa concepción del texto como testimonio unitario no unívoco con la exposición, meramente ilustrativa y sin ningún afán de exhaustividad, de una cuestión filológica, como todas las cuestiones normales a las que el filólogo debe atender, excepcional. En el año 1978 una expedición arqueológica británica encontró en Qa šr Ibrîm, en la frontera epigio-sudanesa, un papiro con textos probablemente pertenecientes a Galo;

la aparición, en efecto, del vocativo *Lycori* parece, a este respecto, un argumento suficientemente sólido, a pesar de las dudas que en su día manifestó G. Giangrande («An Alleged Fragment of Gallus», *QUCC* NS 5 [34], 1980, pp. 141-153). El texto fue editado y comentado por vez primera por Anderson-Parsons-Nisbet («Elegiacs by Gallus from Qa šr Ibrîm», *JRS* 69, 1979, pp. 125-155). Hasta entonces, el único texto de Galo que conservábamos era un solo verso citado por un geógrafo del que apenas otra idea podíamos hacernos que la del gusto de Galo por la disposición elaborada de términos. No obstante, de Galo y de su obra algo podíamos reconstruir por las noticias de Servio o Cicerón y por los ecos detextuales de Tibulo, Propercio y, especialmente, en las *Eclógas* virgilianas. El texto descubierto presentaba, dado su estado, evidentes lagunas y algunos problemas de lectura. Las dos cuestiones fundamentales eran, pues, cómo restituir integridad y autenticidad al texto, y, en segundo lugar, qué tipo de información podía extraerse.

El contexto fue utilizado para datar la antigüedad del papiro, de alrededor de los años 20 a.C., época en la que aquel territorio fue ocupado temporalmente por los romanos, y podría dar, al tiempo, una idea, por pálida que fuera, de la difusión de la obra de Galo. El texto era, por tanto, prácticamente contemporáneo al propio Galo (muerto en el 26 a.C.). Se trata de una copia sin duda, no de un autógrafo, es cierto, pero una copia que pudo ser revisada o conocida por el autor, ¿deberá ser entonces sometido a examen crítico su transtexto? De hecho lo ha sido. En *quom tu / maxima romanae pars erit historiae*, los editores corrigieron *eri(s)* (enmienda, no obstante, criticada por Giangrande, *op. cit.*). Otra fórmula aducida pa-

En realidad, en una disciplina en la que incluso el color de la miniatura de un códice puede tener algún alcance testimonial, no debe reprocharse al filólogo un excesivo afán de detallismo testimonial, especialmente si se recuerda el, por lo general, impreciso y resbaladizo valor de los testimonios que maneja.

Como a cualquier científico, al filólogo le compete la exploración de un continente ignoto y hostil, y ello comporta, sobre todo, la resolución de los problemas que vayan presentándose. Su paisaje es, en principio, desolador. El tiempo, el mayor de los cataclismos imaginables, ha devastado sin piedad los parajes que pretende reconocer. Su camino, aquí y allá, se ve pronto interrumpido y hostigado por grietas, inundaciones, aludes, derrumbamientos. Su perspectiva es entonces la melancólica belleza de derruidos capiteles sin columnas, osamentas dispersas, polvorientos jeroglíficos. Su misión es allí restaurar la herida del tiempo, precisamente para poder determinar mejor su poderío. Su cometido, calcular la dimensión y altitud de las columnas que sostuvieron altivos capiteles, recomponer macroorganismos a partir de astrágalos astillados, descifrar lo ilegible; hacer, en fin, elocuente el silencio.

X. BALLESTER

ra recuperar el texto perdido y conocer con mayor precisión su significado, ha sido la determinación de los detextos. J. Van Sickle («Style and Imitation in the New Gallus», *QUCC* NS 9 [38], 1981, pp. 115-124) ha propuesto un epigrama de Calímaco y un verso de Hermesianacte como modelos y, asimismo, ha recapitulado los ecos de estos textos galianos, propuestos por el mismo y por otros autores, en otros escritores latinos (postextos en *Catalepton*, Propertio, Ovidio y Virgilio) (*ibid.*, p. 121, n. 27), todo lo cual ha servido tanto para afianzar nuestro conocimiento del texto, cuanto para apoyar la tesis de que realmente nos encontramos, dada su importante repercusión, ante un texto de Galo (cf. J. Van Sickle, «Neget quis carmina Gallo?», *QUCC* NS 9 [38], 1981, 125-127, pp. 126 ss.). El intexto del poema, por otra parte, que, en términos generales, puede decirse ha decepcionado a los críticos y les ha hecho recordar el apelativo de *durior* con el que Quintiliano definió a Galo, ha dado lugar a interesantes debates e interpretaciones (v., p. ej., M. C. J. Putnam, «Propertius and the New Gallus Fragment»,

ZPE 39, 1980, 49-56); pero ni siquiera el transtexto está desposeído de testimonialidad. Anotemos, a título ilustrativo, estas dos observaciones de J. L. Moralejo («La literatura latina en la transición de la República al Imperio», *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo* [= Actas del VI Congreso Español de EE.CC.], Madrid 1983, I, 147-201, p. 177, n. 114) quien manifiesta que el texto de Galo «parece ser el primer testimonio de que era práctica normal en la Antigüedad la de escribir agrandadas las letras iniciales de verso», y que el hecho de que *QV* cuente como una sola inicial «parece un importante indicio a tener en cuenta a la hora de justificar el carácter monofonemático de las labiovelares latinas, de acuerdo con la tendencia fonológica que a la escritura se reconoce». La recuperación de Cornelio Galo a través de estos textos, rebasen o no la testimonialidad de su obra, tienen, además, un cierto valor emotivo para el filólogo: Galo, el poeta execrado, revive hoy gracias a la dedicación y estudio de los filólogos.